

NOTAS DE LECTURA. PRIMERA ANTOLOGÍA POÉTICA

Ha llegado a nuestra mesa de trabajo un libro de reducidas dimensiones; este librito está impreso con cuidado, límpidamente. La ilustración fotográfica de la portada es sobria, esquemática, pero expresiva. Va a darnos la imagen de esa encina solitaria, fuertemente enraizada en el terreno seco, en el terreno yermo, la clave que trasciende de sus páginas. Se titula «Primera antología poética» y con ello dicho está que se trata de unas vivencias estéticas conectadas con un sentir y un pensar de su autor, Moisés Cayetano Rosado. Es joven aún Cayetano Rosado y ya nos ofrece una muestra antológica de sus versos; una antología, en cierto modo, es situar al lector en el otero desde el que se columbra la panorámica espiritual e intelectual de una obra; dentro de ese concepto, pues, nos ofrece este librito una clara línea definitoria, en la que se sitúa el poeta con intencionada comunicación verbal e ideológica.

Una dura realidad física y social, que desde niño le circunda y obsesiona con su ruralismo fosco y desolado, es el largo encadenamiento temático de estas páginas; a esa realidad, que le suscita lejanísimas y sensoriales desesperanzas, le abre, contable de recuerdos, un cupo de fidelidades al que permanece vinculado. Como el árbol xerófito de la portada punza en el suelo yermo, así el poeta vuelve la vista al terrazgo nativo, y testimonia sin ambages, estructuras, imágenes, sentimientos.

Ha rechazado el bello – y tantas veces inútil – lenguaje de las metáforas y de los símbolos, para usar palabras directas, sobrias, elementales, que arañen la conciencia del lector, quizás excesivamente bañado en el agua de rosas, voluptuoso y enervante, del lirismo que nos «distancia» del mundo, porque el intimismo poético es eso, síma profunda, transida de soledad:

Si le pongo al verso rosas
y olvido las penas
de los que abajo quedan.
Si me voy por el mundo
Explotando mi verso
¿Con qué cara me llevo
delante de los hombres de mi pueblo?

La poesía seca y dolorida de este libro es como el viento frío que viene de lejos y azota el rostro con su fusta de hielo, aunque – se dice con razón-, es más diáfano y puro que el aire denso confinado.

Hay, no obstante, momentos de una ternura soterrada – la horaciana almendra mollar que todo hombre lleva dentro -, y son versos para los que sufren o para el padre:

Recordarte amargamente entre los años niños
es triste padre mío, cuando nos tapa una cortina
cuajada de tiempo y de silencio

Como se abre, finalmente, a la ilusionada esperanza en los latidos nuevos del hijo, dormido aún para la vida futura, pero ya creyéndolo signado de aquello que es su «yo» y legado vital de los ancestros:

... En esta vida que le bulle y le aflora
Hay un poco de mí que va a sobrevivirme
pero lleva señal inconfundible
de mi latir, mi forma de vivir,
mi fuego y mi esperanza.